

EDITORIAL

Fluctuando históricamente entre el paradigma lingüístico y el comunicativo-conductual, el estudio de los gestos presenta actualmente una renovación importante. Este número de *deSignis*, coordinado por Monica Rector, sin duda la más relevante especialista latinoamericana en gestualidad, propone un panorama completo de balance y de discusión. El material aquí presentado integra los gestos no sólo en la interacción comunicativa, sino en lo que estos tienen de componente activo en la ideación cognitiva, y articula también la dimensión gestual con la expresión de las emociones y con la voz. Si tomamos como punto de partida el número 10 de la revista francesa *Langages* (1969), número emblemático sobre la forma en que la semiótica de la época se veía en un diálogo con otras disciplinas en torno a la articulación del sentido, *deSignis* se propone modestamente hacer un balance sobre los problemas metodológicos y conceptuales que presenta actualmente una semiótica de la gestualidad, en relación con una semiótica de las pasiones, de la voz y del cuerpo como objetos significantes.

Los gestos, prisioneros durante décadas en la ortopedia de la analogía con el lenguaje y su búsqueda metodológica de unidades mínimas de significación, leídos sólo en referencia a la *langue* a partir de un sistema de unidades discretas y combinables, son el caso testigo de cómo la primera semiología de corte estructuralista puede constituirse como tal expulsando precisamente a aquellos objetos difícilmente modelizables y presentando como posición epistemológica la analogía y la metáfora, la del cuerpo "como" lenguaje, para concluir que los gestos son sistemas simbólicos no lingüísticos. Greimas decía, en

ese número de *Langages*, que la palabra gesto le parecía “sospechosa” porque implicaba una naturalidad que era extraña al artificio y al artefacto semiológico, e intentó construirlo como objeto en el interior de una semiótica del mundo natural. Más allá de la radical posición epistemológica del semiólogo francés, para quien la semiótica es la disciplina que vuelve artificial, es decir arbitrario y discontinuo —y por consiguiente legible— el *continuum* del mundo natural, el modelo de la analogía lingüística fue el intento histórico de la semiótica para postular con orden, regularidad y previsibilidad un *sistema* de traducciones. Queda la pregunta potencial en cuanto a si la traducción intra-semiótica como tal es posible.

Por su parte, en las disciplinas de la comunicación se impuso el paradigma que considera los gestos dentro de prácticas concretas de la interacción comunicativa, como un comportamiento social con protocolos específicos. Si el lenguaje es sin duda el sistema modelizante primario, los gestos patentizan el problema de su traducción en otra semiótica, pero más radicalmente el de su irreducibilidad al paradigma de la lengua, y presentan la paradoja de que se hallan a su vez *insertos* en la producción comunicacional. Esto permitió la progresiva independencia del problema de los gestos hacia la idea de textos gestuales, vastos paquetes significantes de nudos comunicativos donde diferentes dimensiones de sentido se entrecruzan: los gestos como marcadores y reguladores de la interacción son sin duda formas sociales arbitrarias, profundamente culturalizadas.

Sin embargo el problema actual es la constatación de que estos objetos son en sí mismos significantes, por la empatía, por la emoción, por la pasión que producen y transmiten, porque los gestos pueden ser estudiados también como un tejido complejo de reenvíos metonímicos, prelingüísticos, poslingüísticos, co-lingüísticos. Julia Kristeva escribía ya entonces que los gestos se evaden de la racionalidad “logocéntrica” y su práctica se desestructura del verbalismo, señalando —aun antes de que los estudios cognitivos nos mostraran que estos forman parte activa de las formas de ideación— cómo son una actividad anterior al lenguaje. Y para la misma época Eliseo Verón reclamaba una semiótica “translingüística” para estudiar un cuerpo en acción, básicamente signifiante, con formas de producción de sentido específicas.

Dos perspectivas se intersecan en este número: la que trabaja los gestos como la forma más acabada de lo arbitrario social —en la línea del análisis de Marcel Mauss sobre las técnicas del cuerpo— y a su vez como profunda actividad cognitiva, anterior al fonema y al grafo, irreducible a la lengua. Y esto da paso a otro problema, el de las formas de producción de significación típicamente humanas: ¿transformación vocal de mímica gestual?, ¿doblaje intencional y redundante del mensaje vocal?, ¿codificación digital y analógica?,

si queremos releer a Gregory Bateson. Saussure, cuyos últimos manuscritos se han encontrado en el granero de la casa familiar en Ginebra y que han sido publicados recientemente, habla post mortem —como siempre habló en realidad— para rescatar por su parte a su objeto olvidado: la palabra, el discurso, la voz, y ponerlos en relación.

Si no repensamos nuestros instrumentos de análisis; si no salimos al encuentro real con otras disciplinas, que curiosamente nos acompañaban hace treinta años —y el número de *Langages* está allí como testimonio—; si no sabemos trabajar en las ciencias sociales con aquello que es el valor agregado de la semiótica, una buena teoría de la enunciación, una reflexión compleja sobre los textos y los géneros, una teoría de la semiosis social y de la inferencia, una epistemología sobre las formas humanas, sociales e históricas de la producción de sentido; si no confrontamos con los objetos que preocupan actualmente a las ciencias sociales, la semiótica correrá el riesgo de encerrarse en la intraducibilidad disciplinaria. Por eso este número de *deSignis*, que rescata viejos problemas, es complejo, articulado y, básicamente, necesario.

La Directora